

entendida, y esta reserva es cuanto necesita la mujer para ser estimable y estimada.

Si la mujer se concreta á reservar sus sentimientos y sus sensaciones para las personas á quienes ama, no tendrá decepciones, no caerá en esos errores del corazón, que tan dolorosamente le destrozan. Si se acostumbra á una excesiva franqueza, concede á todos lo que sólo debe conceder á los objetos de su amor: porque ¿en qué estriba el amor si no en hacer partícipes de todos nuestros pensamientos, de todas nuestras sensaciones, á otro sér que se ha hecho dueño de todos los latidos de nuestro corazón?

La mujer que prodiga á todos los que trata estos tesoros, ¿qué dará ya á las personas á quienes ame, que éstas puedan estimar?

Si todas las mujeres supieran unir la prudente reserva con una tierna sinceridad, el prestigio de nuestro sexo sería inmenso, y pocas, muy pocas, carecerían de la general estimación.

CAPITULO XVII

La envidia y los celos.

I

Entre las infinitas penas que afligen á la mujer, que torturan su corazón, que amargan su vida, hay algunas que ella misma se inventa por la actividad de su imaginación fúgosa, por la extremada debilidad de su espíritu, ó por efecto de una educación descuidada y poco religiosa.

Dos de los más amargos dolores que se crean son la envidia y los celos. Los celos, dardo emponzoñado y forjado por el infierno. La envidia, serpiente venenosa que roe el corazón de que se posesiona hasta dejarlo vacío como un sepulcro.

Ya parece que veo las lágrimas en los ojos de algunas pobres celosas; ya oigo que me dicen con acento dolorido.

—¿Qué culpa tenemos nosotras de ser desven-

turadas, cuando á costa de la mitad de nuestra vida quisiéramos no tener esa horrible pena?

Sin dar un sólo día de vuestra existencia, que es de Dios, podeis vivir, si no felices del todo, al ménos con mucha mayor tranquilidad, si no os empeñais en pedir á la pobre humanidad más de lo que puede daros: esto es, abnegacion completa y amor eterno.

—¿Qué remedio nos darás á nosotras? me preguntarán las atormentadas por la envidia.

Pero mi contestacion á esta pregunta será algo más severa que la otra. Diré á esas mujeres que su padecimiento, en vez de compadecerme como el de los celos, me indigna, porque nace de una causa totalmente distinta, y mucho ménos noble: los celos y la envidia son dos cosas muy diferentes, por más que se confundan entre sí con esa poca premeditacion con que los pobres mortales confunden todas sus pasiones, como si éstas no fuesen el origen de sus males, como si no fuesen la base del terrible drama social que se desarrolla en el interior de cada familia, de cada casa, de la sociedad entera.

¿Por qué, pues, no ha de haber alguna mano caritativa que descorra el velo que ofusca la vista de tantos seres que han nacido para ser buenos, y á quienes la ignorancia hace culpables? ¿Por qué no ha de tener la sociedad sus misiones cultas, benéficas, elocuentes, como las tienen religiosas y consoladoras los cipayos de las Indias,

los indígenas de las costas de América? ¿No es acaso mucho más inocente é inofensiva la vida de aquellos desdichados salvajes, que pasan sus días fabricando canoas y adornándose con plumas, que la de los seres que la pasan en nuestra ilustrada sociedad haciendo víctimas de sus pasiones? ¿Es, por ventura, más criminal el caribe que devora carne humana, porque sus padres y abuelos le enseñaron á usar de este alimento, que el hombre culto de nuestra civilizacion, que, sin peligro alguno, sin exposicion y con la más completa tranquilidad, ve que se pierden almas que él podría alumbrar con su ciencia y sus consejos, almas que habian sido creadas para el bien, y que sólo necesitaban un rayo de luz que les iluminase su camino?

Sólo hay una cosa que deplora en su condicion de mujer la que escribe estas líneas: la debilidad que prohíbe á su sexo toda empresa fuerte y animosa. El hombre puede hacer muchos más beneficios á la humanidad, porque tiene abiertos anchos caminos para el bien; la mujer no los tiene ni debe tenerlos, y la que mujer ha nacido debe contentarse con rezar por los que padecen, y aliviarlos con medios sencillos y humildes como su condicion.

Pero ya que no me sea dado emprender la mision gloriosa de extirpar malas pasiones, permítaseme al ménos destruir los errores que pueden hacerlas nacer en mi sexo: séale lícito á una mu-

jer dar consueño y consejos á las demás mujeres, mostrarles el camino del cielo, que, por más que se diga, es fácil y dulce, y recoger, en vez de un capital de gloria, un caudal de simpatías y de amor.

II

Los celos y la envidia han producido en todos tiempos grandes desgracias, por más que sean dos sentimientos distintos; pero tampoco se parecen en nada el huracán y el rayo, y sin embargo, ambos hacen destrozos espantosos y ambos son hijos de la tempestad. Las tempestades del alma son los celos y la envidia; y tanto importa que sus efectos sean rápidos como el rayo, ó sorudos y rastreros como el cierzo helado y bramador, si unos y otros son igualmente desoladores.

Los celos abrasan el corazón, como el rayo abrasa el campo de frondoso y verde trigo donde cae. La envidia arranca del alma todas las sensaciones dulces, como el cierzo arranca los tiernos arbolillos, los olorosos rosales y hasta las viejas encinas de los bosques. Pero si ambos sentimientos causan grandes desastres, proceden de diversas causas.

La envidia nace de la pequeñez del alma. Los celos de la gran sensibilidad del corazón.

Suele vituperarse algunas veces á una persona

que tiene celos, pero se la compadece siempre. Una persona envidiosa, solamente inspira desprecio, y todo lo más que en su favor alcanza, es una lástima desdeñosa.

Los celos engendran el odio; pero en cuanto el celoso es feliz, compadece á la persona sobre la cual ha triunfado. La envidia no conoce la compasión: el envidioso quisiera que todo el mundo fuese pobre y desgraciado para reunir él solo todas las riquezas y prosperidades.

Los celos se sienten únicamente cuando un amor grande, inmenso, llena el corazón; si causa dolor el que la persona que los inspira sea bella y rica y esté dotada de relevantes cualidades, es tan sólo porque estas ventajas conquistan el amor que el infeliz que vive atormentado por los celos quisiera para sí. Los celos ambicionan afectos; de todo lo demás ni aún se acuerdan. La envidia lo quiere todo para sí; los trajes, las joyas, las atenciones, la consideración pública, y en lo que ménos piensa es en los afectos.

Cosa muy fácil por cierto es el precaverse de los ataques de la envidia; y si todas las madres educasen á sus hijas con una prudente templanza, con un absoluto alejamiento del lujo y de la ostentación, la envidia huiría á ocultarse en el infierno por no tener corazón ninguno donde morar. Porque la envidia escoge pocas veces para vivienda el corazón del hombre, y hace su presa casi exclusivamente en la mujer, por la ex-

cesiva debilidad de su carácter.

Madres de familia, sofocad con energía en el corazón de vuestras hijas los primeros movimientos de la envidia, si no quereis que sean muy desgraciadas y tal vez muy culpables: la envidia engendra el rencor, el odio y muchas malas pasiones; y la que se deja dominar por ella, según el temple de su alma, sueña con la ruina de su enemigo y no perdona medio para lograrla. Enseñadlas, ante todo, à contentarse con las comodidades, con los bienes que Dios les ha enviado, por escasos que sean, y á que no ambicionen los de los demás.

No gasteis en el traje, en el aposento, en las diversiones de vuestras hijas más que cantidades muy cortas, por más que vuestra fortuna sea brillante; porque ¿sabeis cuál es el móvil de la envidia? El hastío de aquello que poseemos. Así, pues, una niña, una jóven debe siempre tener algo que desear y conquistarlo con su buen proceder, con su cariño y sus atenciones para con sus padres.

Si lo que hace nacer la envidia es el hastío de lo que posee, lo que más contribuye á ahuyentarla es ese tacto, esa distincion exquisita que toda madre debe inspirar á sus hijos desde su edad más tierna. Enseñadlas á disponer bien y con gusto su atavío y su habitación, pero obligadlas á que lo consigan de un modo económico y fácil. Decidles que el más precioso adorno de

la juventud es la sencillez, y que á una jovencita le sienta mejor un traje blanco y una flor, que los terciopelos y los diamantes. Y para que os crean, realizadlas á sus propios ojos; inspiradles esa seductora coquetería, de que ya os hablé en otro capítulo, y veréis que, estimándose lo bastante á sí mismas, y apreciando lo que poseen, no envidiarán á los demás, ni mucho ménos sus bienes.

El arreglo del tiempo, la buena distribución de las horas del día y de la noche, no dejan tiempo para forjar sueños vanos ni deseos reprehensibles. Cuando el corazón y la cabeza están nutridos saludablemente, no pueden admitir el veneno del mal ni los pensamientos culpables.

Es una gran verdad que la propia estimacion es la base de muchas virtudes, y que el orgullo bien entendido y tal como yo os lo he recomendado, excluye todas las pasiones ruines y bastardas; ¿podrá sentir la envidia una mujer orgullosa y amante de su dignidad? No: porque este sentimiento la rebajaria á sus propios ojos, concediendo á los extraños más valor que á sí misma.

Una mujer buena, pura, digna, en una palabra, sabrá que su virtud vale más que los mayores tesoros del mundo; que la resignacion es uno de los atributos más preciosos de la mujer cristiana; que la verdadera felicidad consiste en contentarse con los bienes que Dios nos ha dado,

y que la culpable ambicion de los ajenos, es la ruin y miserable envidia, colocada por el mismo Dios en el número de los pecados capitales, es decir, de los que sólo se expian por medio de costosos sacrificios y de muchas lágrimas de arrepentimiento.

III

Vosotras, pobres mujeres, que sufrís la terrible tortura de los celos, quizá no haréis caso de mis consejos, y me contestaréis que no se manda al corazon. Conozco que si la envidia es una pasion ruin, los celos son un mal, una pena incomparable; pero voy, no á dar un consejo, sino á hacer una advertencia cariñosa á las que hayais perdido el cariño de la persona á quien amais.

No os quejeis demasiado, no hagais del llanto vuestra ocupacion continua; no deis al mundo el espectáculo de vuestra pena, ocultadla en lo más profundo de vuestro pecho, porque vuestros lamentos, vuestras lágrimas, vuestro dolor, no es probable que os ganen de nuevo el corazon que hayais perdido.

No intenteis tampoco vengaros, aconsejadas de vuestro despecho, pagando desvío con desvío, infidelidad con infidelidad. Entónces perderiais tambien lo único que puede servir de consuelo; perderiais la paz de la conciencia y el derecho

de levantar vuestras frentes, limpias de toda mancha. Una suave y digna resignacion, una conducta irrepreensible y decorosa, una firmeza noble é igual en los modales, y un prudente retraimiento en la vida íntima, quizá os volverán el sitio, que es vuestro, en los corazones que llorais perdidos. Nada de quejas, nada de lágrimas, nada de súplicas. No seais jamás víctimas ni verdugos, porque es tan odioso y degradante lo uno como lo otro.

Aparentad, miéntas os sea posible, que ignorais los estravíos de vuestros esposos, no les reconvençais por ellos; porque miéntas procuren ocultároslo, es seguro que os tienen estimacion yá que no cariño: es seguro que respetan el santo lazo de la familia, la tranquilidad de su compañera; pero desde el momento en que hagais un imprudente alarde de saberlos, perderán todo decoro y os impondrán la ley del fuerte sobre el débil.

Aquellas que poseais en toda su plenitud el amor del hombre á quien hayais unido vuestro destino procurad conservarle para que nunca sufrais el terrible dolor de los celos; porque son pocos los seres que pueden pasarse sin amor, y si llegan á fastiarse de vosotras, nuevos afectos ocuparán irremisiblemente su corazon. Mujeres conozco que han atormentado de tal modo á sus esposos con celos infundados, que aquellos tenían por la mayor de las desgracias el quedarse

solos con ellas: las mujeres de que os hablo, les contaban los minutos que estaban fuera de casa y el dinero que gastaban; les impedían cumplir en sociedad con los deberes de buena educación; les pedían cuenta de todas sus acciones, de todos sus pensamientos, y cuando los sabían los regañaban sin cesar.

Los maridos, así asediados, empiezan por engañar á sus mujeres; les ocultan que han entrado en el café, como si esto fuese un pecado mortal: si han ido al teatro, les dicen que han estado acompañando á un amigo enfermo; y poco á poco dejan de amarlas, y el hastío más profundo se apodera de su vida, hasta que hallan una mujer amable, graciosa y coqueta que los seduzca.

Conquistad el corazón de vuestros esposos, no con la virtud ceñuda, sino con la virtud dulce y graciosa, con la bondad, con la coquetería.

Hacedles agradable su casa y amable vuestro trato. Sed sus amigas al mismo tiempo que sus amantes. Partid sus alegrías. Consolad sus tristezas. Endulzad sus dolores. Cuidad sus enfermedades. Esmeraos en su elegancia. Procurad que nada les falte á su tiempo. Velad por los intereses de la casa, que son los vuestros también. Hacedlos, en fin, necesarias á su dicha y dejadlos libres, completamente libres. No les preguntéis adónde han ido, que ellos mismos os lo dirán espontáneamente. No les preguntéis el dinero que han gastado, que es rebajarlos á sus propios ojos,

y las heridas del orgullo son las que ménos han de perdonaros. El hombre es el jefe natural de la familia y el dueño de su casa: para impedir sus extravíos no teneis más medio lícito que imperar sobre su corazón.

Mujeres que teneis envidia, dominad esa culpable pasión ó compraréis con ella la desdicha de vuestra vida y vuestra eterna condenación.

Desgraciadas, que padeceis la insoportable tortura de los celos, implorad de Dios que os socorra y llorad bajo el manto de su santa Madre. Pero ante el mundo, sed dignas, fuertes, enérgicas é irreprochables; apareciendo víctimas, sólo conseguiréis una desdenosa lástima para vosotras y una general execración para quien os hace padecer, pues la sociedad, en su extraña lógica, colma á un mismo tiempo de anatemas al verdugo, y de desdenes á la víctima.

Sed sufridas y generosas. No rechaceis con dureza al que os ofendió, cuando os dé alguna muestra de su arrepentimiento, por ligera que sea. No os vengueis de él cuando le veais lleno de amarguras ó decepciones.

¿Dónde reclinará su frente si vuestro seno no ha permanecido puro? ¿Qué será del honor de vuestros hijos? ¿Dónde hallaréis la sublime dicha de perdonar? Los que fomentan vuestro celoso despecho, los que os digan que es lícita la venganza, serán los primeros en despreciaros.

Y vosotras, dichosas criaturas, que estais ex-

cusadas con amor tierno y profundo, no le perdais por vuestra imprudencia ó impremeditacion. No pidais al hombre más de lo que puede concederos. No queráis violentar sus gustos, sus sentimientos, sus inclinaciones. Respetadle al mismo tiempo que le amais; pero sabed hacerlos precisas á su bienestar, á su dicha y á su vida doméstica, que es la sola ciencia y el gran talento que debe ostentar la mujer.

CAPITULO XVIII

Un marido débil.--Una madre enamorada de su hija.--Clemencia y Paulina.

I

Voy á contaros una sencilla historia que hace poco me refirieron, y cuyos principales personajes conozco, pues ella os hará ver toda la hermosura y heroísmo del amor filial mucho mejor que todo cuanto yo pudiera deciros.

Yo alcanzaria sólo á repetiros lo que ya sabréis, porque mil veces lo habréis leído y os lo habrán recomendado las personas encargadas de vuestra educacion.

Los sentimientos más naturales son los que más necesitan verse retratados con ejemplos vivos; y es que á fuerza de oirlos enaltecer, se debilita en nosotros la impresion de su belleza.

Hace algunos años vivia en Madrid el coronel Cervera con su esposa y sus dos hijas.